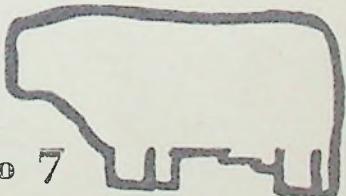


HOMBRE, LABERINTO, CARACOLA

CARLOS DEL SAZ - OROZCO

ue de Alba
.2-1

el toro de granito 7





Institución Gran Duque de Alba

HOMBRE, LABERINTO
MASCOLA

CARLOS DEL BAT-OROZO



Institución Gran Duque de Alba

CDU 821.134.2 - 1



HOMBRE, LABERINTO, CARACOLA

CARLOS DEL SAZ - OROZCO

Nº Rj: 80

Colección «El Toro de Granito», n.º 7
Edita «Institución Gran Duque de Alba»
Diputación Provincial, Avila
Imprenta de «EL DIARIO DE AVILA»
Plaza de Santa Teresa, 12. Avila
Septiembre, 1968
Depósito Legal: AV-119-1968



Institución Gran Duque de Alba

MIGUEL DE
CERVANTES
SAAVEDRA
Y BOSCH
COMPTAS

*Miguel de Cervantes
Saavedra*



HOMBRE, LABERINTO, CARACOLA

DUQUE DE ALBA

Institución

"No he nacido para odiar, sino para amar".
(Sófocles: Antígona).

*"Sin otra luz y guía,
sino la que en el corazón ardía".*
(San Juan de la Cruz: Noche oscura).

Í N D I C E

	<u>Pág.</u>
Envío	9
Yo, ihombre!	11
Esperando	14
Ilusión	17
Temporalidad	18
Variación temporal	20
En soledad	23
Vida	25
Muerte	27
Laberinto	29
Resurrección	32
Sucedáneos	34
Realidad	36
Compañía	37
Hambre	40
Locura	42
Angustia	45
Pesadilla	47
De noche	49

	<u>Pág.</u>
Alfarero	52
Ojos	55
Lágrimas	57
Huesos	60
Maternidad	62
Don Juan Bautista Martínez	64
Inocencia	66
Sobre el alambre	67
Aburrimiento general	69
Coordenada «t»	71
Eso	73
Caracola	75
Hombre y Dios	77



ENVIO:

*AL HOMBRE hermano
en su LABERINTO —nuestro—
con mi CARACOLA,
y para que oiga el ruido
marino. Siempre.*

C.



Institución Gran Duque de Alba

yo, ¡hombre!

El entrañable gozo de ser hombre
para poder lamer las llagas
de los hombres
como el perro de Lázaro.
Para poder acariciar las cosas
desnudas
por los pálpitos divinos del espíritu,
que las mueve y acerca
al abrazo del hombre.

Ser hombre entre los hombres
—siempre, además, y sin embargo—

en la estrechez humana
del repleto autobús
donde se ubica
el mismo Dios
entre el pecho y la espalda
de los dos estudiantes
que cuelgan del estribo.

¡Soy hombre peregrino entre los hombres!
Y luego bajo, solo, por la cuesta
donde el viento ya helado
se encajona.
Doblo la esquina
con olor a tortilla
y a vino tinto.
—¿Soy hombre?—
Y son hombres
los dos obreros en mono azul
que palmotean
sobre la mesa de pino,
aeropuerto de moscas:

“No te fastidia, Roberto,
que la Engracia
se las piró
con el tipo del tercero...”

(Una pena innumerable de ser hombre
me ha invadido
por el hogar de esta Engracia
desconocida,
donde quisiera yo poner
una flor al retrato de la madre,
y decirle muy quedo al tipo del tercero
que deje la ovejuela tierna
sin que haga falta repetirnos
la escena tan violenta del profeta:
que cante el Miserere
desde el comienzo mismo...)

Yo, ¡soy hombre!,
con la pasión del musgo
que se abraza a la roca.

esperando

Sigue pisando el suelo
con su paso lento
la teoría larguísima
de la santa compaña:
Federico García Lorca,
Miguel de Unamuno,
Antonio Machado,
Pedro Salinas,
Juan Ramón, Leopoldo, Emilio, Luis,
tantos, tantos, y tantos...
Y las cornetas tristes de los ángeles
enmarcan el cortejo
como una procesión de cirios
y en Sevilla.

Una saeta brota de la boca
de un ángel niño:
“Poetas convertidos en estrellas
que fuisteis flores de nuestra geografía:
poetas junto a Dios,
poetas sin espejo,
ya llama ardiente
en el fuego del deseante deseado,
poetas nuestros,
¡esperadnos!”

Mientras tanto nosotros seguiremos
enredándonos
los pies en el tumulto
de máquina,
de papel y de humo,
de serpentina con faros deslumbrantes,
de unas ciudades idénticas.
Esperando — ¡nuestro ser hecho esperanza
transparente! —

unirnos algún día a la santa compañía:
los hombres ya maduros
que supieron
conservar intacto
su mirar de cristal
como los niños.
¡Niños en el jardín del mundo
donde otros juegan con cómico entusiasmo
a serios hombres de negocios!



ilusión

Otra vez alocado con los espejismos,
con el agua.

Otra vez el oasis en mi fantasía
a un paso del desierto.

Y yo, firme, desnudo,
como un muerto
—¿en una silla eléctrica?—

con cerco interminable
de rascacielos de cristal
y en la Quinta Avenida.

temporalidad

Un filo indescriptible
que agujonea las carnes
como una bruma industrial, pastosa,
y transforma
en armazón de huesos
las desnudas espumas de bronce
y de bikini
de la niña traviesa.

Después ya no gotean
minutos con ilusiones ópticas.

Y ¿quién se atreve
a contar las sucesiones
Leyendo
de lo que no sabemos
si es dinamismo
o rigidez?

(Quizás un niño
que muera a los diez años
pudiera definirnos
lo que es el tiempo...)

variacion temporal

Aunque mis pies cansados,
de peregrino,
busquen la alfombra verde
y el sol que juega al escondite
con la naturaleza,
soy hombre del cemento.
Y me emociona el callejón oscuro
de los suburbios
con las espuertas de basura
donde se apilan
millones de rubíes
volando,
y donde las tinieblas
diluyen la tristeza
del hombre que gime por ser hombre.

Se va acercando ya
por la calleja
la niña de los pies descalzos,
de la vida hecha a trocitos
como un mosaico roto;
la que un día tendrá que soportar
un cartelón
colgado de su alma:
“padre desconocido”.
Y sus ojos abiertos
como dos corazones de azabache
regando el polvo del camino.
Y sus faldas cortísimas
y azules
que fueron uniforme de servicio
un día,
y que no son capaces
de cubrir
unas piernas raquíáticas
y dulcemente humanas
por su inocencia.

(Las colmenas monótonas
de ladrillo y cemento
hacen alarde de banderas blancas
y de banderines:
no hay sonrojo
de aparecer al público
como ahorcados
por delitos que nunca cometieron.
Y en el telón del fondo
el sol se pone
entre borracho y amarillo
queriendo generoso
que sus rayos rieguen
como mangueras de tristeza
lo más humano
que el hombre esconde).

¡ Ahora soy del cemento
más que nunca !

en soledad

¿Qué puede estar más lejos
que la cercana lejanía
de uno mismo?

¡Ciérrate, no te apartes
de tu alma!
¡Ciérrate como el cuarzo:
que el pecho escaparate
invita al robo!

En soledad desnuda
como en los días que eras
tan sólo
medio-hombre,
que eras tú y no eras tú,
y que eras vida de tu madre.
Vive también ahora
con esa nueva madre,
abrazado a su entraña
en soledad perenne:
Dios arriba. Tú abajo.
Y en el aire
tu vacío, y tú, hombre,
enredado
en la naturaleza.

vida

Desnudez esencial,
hasta la entraña misma,
hasta la misma raíz,
sin esmaltes,
sin purpurinas hipócritas,
sin artificio.

Ojos abultadísimos
llorando siglos;
espaldas encorvadas
por el sonar animal
de los ladridos;
labios abiertos

para radiar un mensaje de cariño,
o el paladeo
de un odio de cristales rotos
sobre la cerca.

Y manos alargadas que acarician,
y se alzan
en terribles bofetadas de silencio;
millones de pies descalzos
sobre los adoquines,
naturales,
en desfile de niños inocentes
que van al matadero
como pudieran ir al fútbol
o a los toros.

Todo tan claro y sin irse más lejos
de la sombra misma
de cada uno.

Y tiritando
junto al barullo
el hilito de oro de la vida.

muerte

“—*Madre, para descansar,
morir*”.
(Manuel Machado).

Mi corazón andariego
ha tropezado —y se ha caído!—
en las losas desiguales
del cementerio.
No se ha roto
—¿será de piedra?—
pero se ha quedado
en la fosa común
entre los muertos
que no tuvieron vivos.
Tiene frío, y no quiere salir...

Voy de retorno
—sin corazón—
a la ciudad
roja, verde, amarilla,
blanca, negra y con música,
cubriendo mi agujero enorme
por donde el viento de la vida
—¿o de la muerte?—
se me cuela.

¡Qué fría está la jaula!
(¿Tendrá mi corazón
razón,
jugando con los muertos?)

laberinto

Alegre romería la de la vida
donde el romero pisa
sólo el misterio
sin saber a ciencia cierta
si una serpiente se enroscará
en sus piernas
casi metálicas
o si las tachuelas de sus botas
se hundirán en los helechos tiernos.

Camino que no es senda,
ni es avenida, ni calzada,
ni rúa,
sino laberinto dorado
donde quizás
llegará a convertirse lo provisional
en esencia definitiva
de lo eterno.

Y sus nobles deseos de acertijo
solamente en oficio
sin tierra virgen
que asiente su nación
y su gobierno.

Así puede trepar
por las montañas nevadas,
mitad ángel desnudo,
mitad hombre que cubre su pudor
de adolescente.

Así puede seguir sin columbrar

lo que le han repetido
cuchicheando muchas veces:
que es mucho, mucho lo de allá,
y que no es nada
lo de acá...
Y así puede soñar, romero,
despreocupado,
unas veces mirando a los aviones,
otras a las cebras,
a los semáforos,
al polvo,
a lo que sea,
que no se oyen ya
los caramillos de los zagalés,
y el viento se ha trocado
en acordes de jazz
interminables.

Romero, hombre, romero.

resurrección

¡Qué engendro más ajeno
te ha nacido, hombre!
Si siquiera fuese centauro
o sirena...
Pero es un monstruo
tres cuartas partes esqueleto
y la otra,
cabeza de payaso
pintarrajeada.

Hoy te resucitan los huesos
—¿y la carne?—:
¡clase de anatomía
o bandera pirata!

Yo busco un hombre resucitado
de entre los vivos.
Un hombre con cara de hombre bueno
y con espíritu.
Un hombre nuevo
de arcilla fresca
trabajada con mimo
por la mano escultural
y viril
del nuevo Adán.

sucedáneos

Decid, si es que queréis decir mentiras,
que es duro y duro como la roca.

Pero no le llaméis piedra
que es cartón,
y es un insulto original
y humano
el confundirlos.

No me volváis a poner
en el florero
rosas artificiales,

que os las echo yo al fuego
y os retiro mi amistad
de poeta.

A cada cosa un nombre,
una esencia, un desnudo.
Basta ya de ropaje
que es solamente falta
de originalidad.
¡Como los niños,
sin enturbiar el pensamiento
y señalando con el dedo: “¡eso!”!



realidad

¿Diría Segismundo
que la vida es sueño
si navegara, cosmonauta,
en un satélite?

¿O acaso navegó
desde su torre de marfil
contemplando
nuestro planeta
en su perspectiva
verdadera?

compañía

¿Dónde se compra eso,
hombre de la calle? ¿Dónde se compra?
¿No me oyes?

Quiero una soledad ilimitada
como una puesta de sol
en Salamanca
o en San Juan de Puerto Rico,
pero dentro, muy dentro de mi mano.

(¡Si voy vestido con carnes de ermitaño,
cerrado, hermético,
como un tarro de cristal
con golosinas
que no permiten la caricia
de la mano del niño!)

Soledad que palpo
en su nada misma, en su vacío.
Y quiero así abrazarla.
Pero pronto, demasiado pronto,
busco la compañía,
y me arrojo a este mar
de ternura tan honda,
aunque sienta que me van a ahogar las olas:
me dan pena
los que cabalgan en su suficiencia
solos, solos, y solos,
tres veces solos.

¡Qué misterio este mío
de desnudez
y de ropas!
Soy hombre por lo visto
y no soy pájaro,
no soy el mármol
del Miguel Angel.

(Vuelvo a los hombres:
Madrid, colmena
que refleja en su noche
las estrellas,
tras el telón de una música
hija de nuestros días.)

¡Qué gozo en mis entrañas
con esta soledad salvaje
sin leones
y sin abanicos!

hambre

Un mar de manos y una mano alzando
un infinito de escudillas
vacías como el cráter de un volcán
lago ya,
vomitando limosna o en gesto de amenaza.

¡Levantadlas más altas! ¡Levantadlas!
¡Que se vean bien claros los tendones
de hierro de vuestros cadáveres,
queridos pordioseros!

¡No os canséis de tenerlas levantadas
que pudieran llenarse de granizo
o de polvo
del coche de turismo
que os insulta, amor descapotado!

(Quizás algún gracioso os diga todavía
desde la playa
que tenéis suerte de poder bañaros
a cualquier hora
sin miedo a los calambres.

Pero no os amarguéis
con esta broma macabra.

Seguid teniendo las manos levantadas
mientras los vientres abultados
de vuestros hijos
se desfiguran como madres encintas.)

Seguid en vuestra desesperanza
esperando la peseta sonora del gerente
que quiere acorralaros como a perros
mientras os dice, generoso,
—hudiéndose hasta el corazón en las alfombras—:
“¡Marchad con Dios!” “¡Que Dios os dé trabajo!”

Y naturalmente está solucionado,
mis queridos mendigos
de pan y de cariño,
el problema violeta y blanco
del hambre física
del hombre.

locura

Yo les he visto al salir de la oficina
dejando las paredes impregnadas de lágrimas,
sorbiendo los horrores
de una gigante pesadilla.
(Y un mazo de plomo pulveriza
el cristal de sus almas.)

Yo les he visto buscando
horizontales
el consuelo que el diván
del psicoanalista
no sabe darles.
(Y una corriente eléctrica
de voltaje infinito
cruza sus sienes

como corona
de espinas.)

Un Dunquerque sin límites
de arena rubia y roja
donde se alzan
las cruces de millones
de Dimas y de Gestas
con pantalones ceñidos y melena
alrededor del sacrificio mismo.

(¡Que Longinos no os atraviese el corazón,
sino que os trituren las rodillas
con martillos pilones!)

Y todos corren y corren
y corren
como muñecos movidos
por cuerda que no acaba.
Se desnudan, se visten,
bailan, blasfeman, beben,
nacen, mueren, lloran,
y se reproducen;

visten un cuello de almidón durísimo
o una sonrisa
que cuelga como ropa tendida
en patio de suburbios.

Y si son islas
quieren compañía;
quieren volver al circo,
a los trapecios, a los payasos,
a las bofetadas,
a los leones.

Pero ya es muy tarde:
en la ciudad
el frío les ha congelado
las venas.

Y en la cabeza
doscientos mil colores
les dan vueltas
en giros de frecuente fantasía,
como la rueda de los barquilleros
que de niños soñaron.

angustia

No quiero perros
con melenas perfumadas
y nombres extranjeros.
Quiero sentir la desnudez ingravida
del leño
con sus nudos toscos
y contrahechos
sobre mi espalda desnuda,
arada por el plomo de la vida,
coronada
de espinas afiladísimas

hasta las sienes mismas
de mis entrañas.

Hombre de angustia. Hombre de camino.

No muñeco fofo de terciopelo
y colorines
como un polichinela oportunista.

Miguel cristiano de Unamuno,
hombre, y angustia
sentida hasta los tuétanos,
con cruz de palo
sobre el pecho
y dolor de España.

Alba
pesadilla

Sigue adentrándote,
adentrándote,
adentrándote,
que el agua no te llega
hasta los ojos todavía.
¿Temes al tiburón o a la resaca?
Tú no les tengas miedo:
sigue adentrándose.
la resaca ya está cansada de cadáveres
y el tiburón tan sólo quiere
ver los matices en el agua
y el color de tu sangre.

Pero, ¡fíjate bien!, y no tropieces
al borde de la acera

que la marea creciente
de los hombres no se para,
ni al caucho de las ruedas
le impresiona tu rojo.

¡Que no te coja el ascensor en el cuarenta y siete
con su puerta entreabierta!

¡Cuidado con los taxis!

¡No te acerques, poeta,
a los andamios!

¡No aplastes al ciego
que vende lotería a la puerta del metro!

¡Ese niño...! ¡Ese niño, que se te va
a la vía...!

(Me voy al mar definitivamente
con sus arenas de oro y de salitre,
con el bronce del sol
colgando
de mi espalda desnuda,
y con mi caracola:
lejos, muy lejos, ya...)

de noche

Vida mía —¿tic-tac del corazón?—:

¡Allá vamos!

Tren de noche:

tinieblas y raíles

y un vaho

pegado a los cristales.

Traqueteo.

Una estación,

otra estación,

otra estación:

todas quedan atrás.

El tren es hierro

y no perdona.

De pronto una ciudad

con colorines chillones

de neón :

un cine, un club nocturno,
una luciérnaga diminuta,
y el resplandor
de un rayo suicida.

A mi lado todos duermen
como perros cansados de esperar
al amo.

Ya nadie oye la musiquilla
blanda, sensual,
que se escapa no sé de dónde
en este callejón larguísimo
y oscuro.

Pero ;qué misterio más tierno
es el calor humano
y pegajoso del expreso
de las doce treinta y siete,
donde todos somos
como una masa
de silencio y de inquietudes
mientras el tren avanza!

Y cuando menos vayamos a esperarlo
nos dirá el interventor
de gorra con manchones de grasa,
lápiz a la oreja,
y cara de enterrador:
—¡Su estación ha llegado, caballero!
—¡Muchas gracias!

Por eso no me gusta
viajar cargado de equipaje
por la noche...
—Perdón, ¿hemos llegado a Barcelona?
—¿Qué? ¿Tiene usted pena
de que termine su viaje?
—Hombre, no es eso...

(Y el señor aquél tenía
una cara
blandísima, de pan crujiente,
de cariño sin límite,
como me imagino yo a Dios.)

alfarero

Vasos de arcilla,
de tierra blanda, madre.
Manos manchadas
de esencia humana,
tierra, injerto, tierra;
y espíritu
dentro de lo invisible
de tu vasija.

Sueños de hombre
jugando a Dios
— ¡si tus vasos de arcilla
solamente hablaran! —

con lo que el hombre
atesora ilusionado
como más frágil y de hombre.

¡Que no se rompa el vaso,
alfarero, maestro,
en tus manos...
que no se rompa!,
que se me quiebra el alma
tan sólo de pensarla,
alma de barro, alma de ceniza,
alma.

¡Que no se rompa el vaso,
que lo rompan si quieren
a pedazos los hombres
que tienen ya costumbre
de almacenar cantos en el zurrón
y de blandir la honda
contra las cristaleras de otros hombres!

Vente conmigo al mar,
alfarero, hermano,
a mostrarme junto a las olas
tus vasijas,
que yo te imitaré
en la arena,
a ver si aprendo
de una vez tu oficio
de creador,
de artista de espíritu y de tierra madre.

¡Que no se rompa el vaso,
que no se rompa,
alfarero, hermano!

ojos

Unas tres cuartas partes de la vida
nos las pasamos
mirando.

Mirar es un deporte:
solamente fijamos nuestra vista
en el hombre, en el clavel,
o en las estrellas.

Pero ¡qué alquimia,
qué transformaciones más fantásticas;
ahora nuestra mirada
se convierte en rayos equis
que lo atraviesan todo...!

La introspección
sabe encontrar
el secreto
de esta hora cero de la existencia
en nosotros mismos,
allá donde nos da vértigo asomarnos
al lago.

¡Quién tuviera unos ojos para saber mirar...!
Ojos abiertos para la poesía:
sin querer explicarlo todo
con fríos logaritmos y reglas de cálculo,
queriendo hacer a Jonás
el inventor del submarino;
y sabiendo pasar el tacto
como un ciego
por las alegorías, los misterios.

¡Quién tuviera unos ojos para saber mirar...!

lágrimas

¿No es suficientemente
hondo
el lago de vinagre?
¿O suficientemente
extenso
el océano de setas
que esconde sus alfileres diminutos
en el punto vital
donde mi alma se siente
más en carne viva?

¡Lágrimas, amarguísima, lágrimas
rodando calle abajo
como eslabones de cristal
en cadena de perro!

Ya nadie arropa mis angustias
con barniz de sonrisa y chiste
porque las lágrimas cuelgan
de mi Dachau,
mi Nüremberg,
y aún de mi Semíramis.
¡Qué collar más absurdo,
labrado por ostras
que a veces piensan,
alrededor de nuestra geografía!

Pero qué brillantes al sol
desnudo de Castilla
mis lágrimas,

digo mis alegrías,
o lo que sea:
ese agridulce sabor a hombre
que llora porque es hombre
y ríe porque es ángel
en el espacio infinito
de una lágrima.

(¿Se reirán todavía
otros hombres
de mis lágrimas
con el sádico salvajismo
del que se burla
de los peces
que sangran?)

huesos

¡Se venden huesos!
¡Huesos de todos los tamaños,
tiernos como cartílagos
y duros como el llanto
de un labriego!

“Traspaso del osario universal”,
anuncian recatados los periódicos
queriéndole quitar
importancia al asunto.
Y como nadie va a comprarlos
se entierran en la gleba misma,
se mezclan con ceniza

para dar vida
al pan de cada día,
para volver al ciclo existencial
del hombre,
de esa materia
de que estamos
hechos todos.

¿Y si los compráramos
para fosilizarlos
con el agua marina
y hacer un museo de nuestras playas,
que tienen carne
pero no tienen hueso?

¡Cómo podría desecharse
lo más duro que el hombre viste
como armazón
de sus ensueños mismos!
Hombre de carne y hueso.

maternidad

¡Qué dulces curvas
de la piedra blanca
que se ha hecho madre!
Piedra que rompe aristas verticales
tan sólo por ser buena
y estar amasada con leche
y con ensueños.

Madre de piedra
que te adelantas al golpe mismo
del buril
como brotando de la espuma,
¿no sufres?

¡Quizás no pueda contener
yo tu infinito
en esta caracola diminuta!
¡Quizás te rompas a pedazos
con dolores
de parto,
pues tú sabes de agonías humanas,
hijas heroicas de tu vientre!
¡Quizás seas durísima,
madre de piedra blanca,
pues hace falta acero
para alzar a los aires
y, así en postura estática,
tener alzada la sonrisa
del hijo, madre!

don juan bautista... martínez

Un hombre que se llama Juan
—¡“Juan es su nombre”!—,
y nos acusa
de falta de virilidad
con su dedo empuntado.

Un hombre que se entronca en el desierto,
que se alimenta
de miel silvestre
y de cigarras;
que es raíz... y que es hombre.

Un hombre —mal cubiertos los riñones
con pieles de camello—
desnudo, existencial, indefinible:
nunca calzó unos pantalones
de tonos suaves,
de torero.

Ahí le tenéis al hombre:
desde su Maqueronte,
celda mil novecientos sesenta y ocho,
con rejas invisibles, televisión y alfombras
—prisión-hotel con baño en nuestros días—
nos dirige hacia el río.

¡A ver si nos bautiza ya de una vez
con las aguas saladas
de todos los océanos
en Nueva York, en Pekín, en Lisboa,
en donde sea!

inocencia

Y limpiamente se posó
el pájaro azul
sobre la punta misma
del pararrayos
como un niño
sobre una silla eléctrica.

¡Qué juego más blanco
y más metálico
este columpio
entre la vida y la muerte!

sobre el alambre

¡Tenía que pasarnos
alguna vez!

¡Por fin tenía que pasarnos!
No se puede corretear sobre el alambre
eternamente
sin dar un día
un traspies de vértigo suicida.

Y ese “¡ay...!” como un desierto
de arenas blancas
de un circo hecho de espectadores
con corazón de niño
¡qué duro es al oído!

Y ese payaso que quiere distraernos
con sombrero de cucuricho
como el que nos ponía don Félix
cuando párvulos
no nos sabíamos la tabla de multiplicar
¡qué esfuerzo vano!

Y esas lágrimas donde se reflejan
los colores del arco iris
de la pista
como bisontes de Altamira
¡qué estalactitas de dolor y sangre
colgando en el abismo!

¡Tenía que pasarnos!
Dimos un salto mortal hasta la vida
y nos hicieron hombres acróbatas...
El resto de la historia la sabemos:
¡Tenía que pasarnos!

aburrimiento general

"Mal de muchos,
consuelo de tontos":
vidas grises del noventa y cinco
por ciento
de los hombres.
Donde hay tabernas, mujeres, puñetazos,
crines al viento,
y abundancia de tiros.
Todo como en una película cualquiera
del Oeste:
aburrido,

más o menos largo,
y de argumento insopportablemente
estúpido,
con intervalos de fotografía buena.
Tolerada para menores...
¡Y lástima de celuloide!

coordenada “t”

“Hay tiempo para todo, caballero”
me dijo
un hombre triste
en un naufragio de hombres.
Casi no pude oírle
porque el metro ya estaba en marcha...

Hay tiempo para retirar la letra
de cambio
que va a vencer.

Hay tiempo para compadecerse
del pobre limpiabotas
que suda el duro.
Tiempo para el bombón.
Tiempo para el estiércol.
Tiempo para el amor.
Tiempo para la inocencia.
Tiempo para el pecado,
bostezando ya por la costumbre.

Pero siempre me falta
tiempo para pensar,
tiempo para existir,
tiempo para ser hombre,
tiempo, tiempo:
la coordenada "t".

eso

Eso que es radical en todo hombre
—quizás sin nombre—
y que unos llaman corazón,
otros alma, madre,
o simplemente hombre.
Por lo que el hombre
no es perro de jauría,
ni oso que baila
al son sin son
de los panderos.

Por lo que el hombre
puede emocionarse
ante unos girasoles,
unos pechos de madre
que amamantan,
o unas muletas de niño
juguete de la poliomielitis.

Eso. Eso es lo que yo quiero
en abundancia
hasta hacerme temblar,
eléctrico.
Eso es lo que yo, hombre,
busco en este laberinto.
Y sé que puedo solamente
hallarlo entre los hombres. Eso.

caracola

Yo mismo la desenterré,
temblando,
de dentro de la arena
como quien aprisiona los pálpitos de un corazón
entre sus dedos,
chorreando agua,
chorreando sangre.

Luego, muy quedo, la apliqué a mi oído
para escuchar la poesía
de todos los océanos existentes
y muchos más.
Con cariño de madre
—¡y cómo me dolió!—

tuve que perforarla las entrañas
para anunciaros con gozo inenarrable
su evangelio marino
con voz de Roldán
cruzando nieves, fuegos,
altiplanicies,
escalando los mismísimos picachos
donde los San Bernardos no se exponen...
Y atravesando como un cuerpo ya glorificado
los poros del cemento
de vuestro laberinto...

Pero si es que os molesta
el ruido sordo de las olas,
la volveré a enterrar
en el seno de las arenas blancas,
no vaya a ser que la trituren
las máquinas
que mezclan el cemento.

¡Que la encuentre algún poeta
o algún niño!

hombre y Dios

Ya nada de esto tendría para mí sentido
si no fuera por Tí,
sombra,
inseparablemente hermana,
Dios, Dios de camino.

A veces quiero salir del laberinto
sin remedio.
A veces quiero tocar mi caracola
y llamar a los hombres
desde la orilla de mi soledad,
pero están ocupados según dicen
en la banca
con las últimas bajas de las acciones.

Sólo Tú me comprendes
y yo te sigo
como a un eterno lazarillo...

Y ahora me doy cuenta
de que estoy ciego
pues no te veo.

Hablo contigo. Y Tú me explicas todo,
y yo lo entiendo
mejor que si lo viera
por mí mismo.

Y no me engañas
como el chiquillo de Tormes.

Me llevas de la mano.

Y no me dejas que golpee la cabeza
contra los muros.

Y me prometes que un día
yo mismo te veré como Tú eres...

¡Y nunca te separarás ya de mi lado,
lazarillo mío...!

La
presente
edición de
HOMBRE, LABERINTO, CARACOLA
consta de 500 ejemplares y
se terminó de imprimir el día
19 de septiembre de 1968,
en los talleres de
«El Diario de
Avila»



Colección de poesía: El Toro de Granito

Dirige: Jacinto Herrero Esteban

VOLUMENES PUBLICADOS

- N.^º 1.— «Alrededor del Pan», José Luis López Narrillos.
» 2.— «El Monte de la Loba», Jacinto Herrero Esteban.
» 3.— «País de la lluvia», Juan Mollá.
» 4.— «Salmos», Ernesto Cardenal.
» 5.— «Río Cauca», Jesús Martín Barbero.
» 6.— «Arte de Amar», Premio Ciudad de Barcelona 1966, Luis López Anglada.
» 7.— «Hombre, laberinto, caracola», Carlos del Saz - Orozco.

PROXIMAMENTE

Originals de
Gaspar Moisés Gómez.
Luis Jiménez Martos.

Volumen suelto..... 40 ptas.
Suscripción a cuatro números.... 120 ->



Institución Gran Duque de Alba



DIPUTACION PROVINCIAL

Institución «Gran Duque de Alba»

C. S. I. C.
AVILA

CARLOS DEL SAZ-OROZCO.

De profesión: hombre.

De vocación: sacerdote y poeta.

Ama a China, en donde vive, y nos lo ha dejado ver en su último libro **POEMAS DE CHINA POR LA TARDE**. (Taipei: TEC-1966).

Catedrático de Lengua y Literatura Españolas en la Universidad Nacional de Taiwan, se ha interesado por temas juanramonianos. Como fruto su libro **DIOS EN JUAN RAMÓN** (Fax. Madrid-1965).

Ahora aborda el tema del hombre, peregrino en su laberinto con caracola marinina.

Y en un nuevo periplo cultural el poeta nos llega desde China con una aportación lexicológica para el XII Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas en Bucarest, representando oficialmente a la Academia Filipina, con ponencia **PALABRAS CHINAS EN EL PÁNOL ACTUAL**.

Vuelve a Madrid —donde nació 1928— para seguir investigando a Juan Ramón, para publicar más, oara a ximar el Oriente al Occidente.

Y después de una fugaz nueva singladura por el Mar d' torna a sus libros, a su tarea, su poesía. Prepara actualmente **A LA LUZ**. (Itinerario espíritu Ramón Jiménez), y **CON MAZADAS**. (Poemas de Paz). Sob va aventura poética te toca juztor.

Inst. Gran

821